

Guy Rozat*

Resumen: En este texto el autor intenta pensar la naturaleza y límites de un testimonio personal. Perteneciente a la generación del 68, analiza cómo el evento 68 a la vez lo forma y lo define en lo personal y, al mismo tiempo, intenta esbozar un ensayo histórico sobre ese momento que hace emerger una renovación societal en ciernes. En esta dialéctica del sujeto y de su constitución, pone de relieve la complejidad de la toma en cuenta del valor del testimonio de todo testigo.

Palabras clave: Testimonio, Mayo del 68, Memoria, Historiografía.

Abstract: In this text the author tries to think about the nature and limits of a personal testimony. Belonging to the generation of '68, he analyzes how event 68 simultaneously forms and defines it personally and, at the same time, tries to sketch a historical essay on that moment that brings forth a budding societal renewal. In this dialectic of the subject and its constitution, it highlights the complexity of taking into account the value of the testimony of all witnesses.

Keywords: Testimony, May 68, Memory, Historiography.

68, el alumbramiento de una generación

68, The Birth of a Generation

Introducción para un esbozo de egohistoria



ocupó el tercer lugar en la prole de una familia modesta que contó cuatro vástagos. Desde el punto de vista sociológico y cultural, podemos considerar que el desarrollo de nuestra familia y del destino de cada uno de sus descendientes se apega bastante bien a la coyuntura económica de la sociedad francesa entre 1945 y 1970. El destino social de estos tres hombres y esa mujer se puede leer en una curva social ascendente con respeto al origen de mis padres, provenientes de familias campesinas sin tierras propias y que fueron expulsados hacia la ciudad, por la evolución global de lo que llamábamos en la década de 1970 las *condiciones generales de producción*. El primero de mis hermanos terminó su vida como panadero en un pueblito alejado de la campiña francesa; la segunda como enfermera, jefa de piso de cirugía en un hospital público; yo, maestro universitario en un país lejano, y el último culminó como alto funcionario y creador de la mejor cadena cultural europea. Hay en estos 4 destinos una curva ascendente a la vez cultural y social, fenómeno confirmado en las primicias de los destinos esbozados por la nueva generación de primos.

La coyuntura nacional y global, un esbozo

El periodo 1945-1973, generalmente, es llamado por los especialistas de la historia de Francia y de la Europa occidental como el periodo de los 30 Gloriosos. Durante estas casi 3 décadas la mayoría de los países industriales gozaron de un PIB muy superior, el doble, de la época de su desarrollo en el siglo anterior. Durante esos años el crecimiento del PIB de Francia osciló cerca de un 5% anual.

Pero se puede considerar que ese periodo no estuvo caracterizado solo por un crecimiento económico sin precedente en la historia, que se

* Centro INAH Xalapa. <grozat@gmail.com>.

Una versión más amplia de este texto fue expuesta en un seminario de la maestría del Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la Universidad Veracruzana.

manifestó en todas las categorías sociales por un alza generalizada del nivel de vida, sino que las transformaciones sociales ocurridas representaron en realidad la llegada a un nuevo mundo, el del consumo de masa y del ocio generalizado.

Las casas se equipan en máquinas lavadoras y secadoras, refrigeradores y aspiradoras, la presencia de coche ya no es un lujo inaudito.¹ Se instaura lo que se llamará el Estado benefactor, que da más seguridad a los trabajadores y regula el tiempo de trabajo. Nuevas aspiraciones sociales nacidas de esos cambios ayudan también a sostener el crecimiento. Al margen del mundo obrero tradicional, industrial y campesino, aparece una nueva categoría de trabajadores, “del terciario”, cuellos blancos y funcionarios. Crece también el trabajo femenino. Se alargan los años de escolaridad obligatoria y el número de estudiantes universitarios. Se puede considerar que en este periodo domina en la vida social un sentimiento de relativa euforia, hay trabajo y los jóvenes pueden pensar en casarse y tener niños e incluso pueden llegar a esperar tener casa o departamento propio.

Durante ese periodo hay progresos en la medicina: la utilización de los antibióticos; las vacunaciones generalizadas hacen retroceder la mortalidad; la esperanza de vida puede empezar a dispararse. Además, el uso de las innovaciones tecnológicas logradas durante la Segunda Guerra Mundial se traspa al mundo civil, así se puede ahora pensar en un transporte de masa en avión que permite llevar a las masas a destinos veraniegos más lejanos.

Fue, globalmente, un periodo fasto para la economía francesa, que salió de la guerra con un fuerte consenso nacional focalizado en la rápida reconstrucción del país y la voluntad de superación de los antiguos “errores” que habían llevado al desastre militar y la ocupación alemana. En los años de la posguerra, la derecha política y económica responsable de estos fracasos mantenía un bajo perfil a causa de sus compromisos con el invasor alemán. Los vence-

dores comunistas y gaullistas capitalizaron su acción en la Resistencia y se volvieron los pilares de un nuevo orden político; incluso en un efímero gobierno de De Gaulle, en 1945, hubo ministros comunistas. Si bien las diferencias políticas entre estas dos corrientes eran bastante fuertes, se pusieron de acuerdo para establecer en Francia un sistema de control centralizado para efectivizar el esfuerzo nacional de reconstrucción. Las facilidades financieras del plan Marshall, a pesar de sus ambigüedades, movilizaron recursos para ese gran esfuerzo nacional.

En resumen, ese consenso social y un ámbito internacional globalmente favorable, a pesar de la Guerra fría, coadyuvaron a que Francia creciera a un ritmo sostenido y se generara una riqueza que logró distribuirse a gran parte de la población. Incluso la falta de mano de obra motivó que se recurriera a trabajadores de las entonces colonias de África del Norte o Asia, como también a extranjeros provenientes del sur de Europa: españoles, portugueses, italianos y otros grupos, que provenían de los reacomodos de poblaciones en otras regiones europeas y oriente próximo.

Un espacio de vida

Nosotros vivíamos en un barrio popular de reciente construcción, es decir, con pequeñas casas de piedras sólidas, de dos cuartos y una sala comedor medio amplia, con un pequeño jardín. Estos jardines daban a calles, muchas veces cerradas, que se convirtieron en nuestro espacio de juego y de sociabilidad en general.

Los coches todavía no competían con nosotros, mucho tiempo hubo un solo coche en nuestra calle, o más bien en su garaje, que era de un ingeniero de comunicación. Después vino el de un especialista en desarmar las minas y bombas que se habían regado durante la guerra y que cotidianamente reaparecían a todo lo largo del territorio. El tercero fue el nuestro. La convivencia con los coches fue siempre armónica, ya que sólo se utilizaban de vez en cuando y cada feliz propietario, con mucho celo, los guardaban en sus respectivos garajes. Es decir que durante toda la

¹ En Francia el crecimiento del número de automóviles frenado por la urgencia de la guerra se expande rápidamente, se pasa de 1.5 millones a 17 millones entre 1939 y 1978.

infancia de nuestra generación fuimos una banda de niños y niñas que se la pasaban en la calle, por lo menos en nuestro caso, cuando teníamos terminadas nuestras tareas escolares, que vigilaba con mucho celo nuestra madre. Lo que no impidió que desarrolláramos sutiles estrategias para evitar dichas tareas y saltar a la calle tan pronto fuera posible para reencontrarnos con los pares.

Si menciono este espacio de convivencia es porque estoy convencido de que fue, para muchos, o por lo menos para mí, un espacio donde pude desarrollar —sin mucho control pero con mucho placer— mis primeras impulsiones infantiles hacia las niñas. Todos teníamos “novias” y jugábamos regularmente a juegos “infantiles” como las “bodas chinas” en los cuales el premio era, evidentemente, el beso de alguna niña, generalmente el de la dichosa novia. Juegos inocentes hasta un cierto punto, pero importantes, creo, por la estructuración de un imaginario sexuado, equilibrado, donde entrever el calzón blanco de alguna niña se tornaba algo sublime, prometedor de algo misterioso, pero que ignorábamos aún.

Con el tiempo esa inocencia del contacto entre niños y niñas cambió, particularmente con la pubertad. Las madres ya no dejaron a sus hijas salir tanto a la calle, ya que niños más calientes y de más edad buscaban algo más que noviecitas, risitas y besitos robados. Algunos de mis compañeros, que ya trabajaban como aprendices, a los 15 años o algo más fueron llevados al burdel por mayores para “aprender su oficio de hombre”, ya que las jovencitas habían desertado definitivamente el espacio público del barrio.

En mi casa el cuerpo no era objeto de tabúes particulares, probablemente porque éramos tres varones y una sola mujercita. Dormíamos todos en el mismo cuarto, en esa situación general que los sociólogos, algunos años después, describirían como una terrible “promiscuidad”. Pero éramos felices los cuatro juntos, lo que no impedía roces por compartir espacios tan reducidos e incluso nos amontonábamos más cuando algunas visitas compartían nuestro cuarto.

En nuestra casa, como en todas las otras casas del barrio, no había cuarto de baño, y por eso la cere-

monia del baño semanal revestía una ritualidad siempre idéntica, siempre pasaba primero mi hermana y después pasábamos los tres varones encuerados en una gran paila. Creo que esa ausencia de morbo en cuanto al cuerpo provenía de la cultura campesina, originaria de mis padres.

Mucho tiempo he intentado pensar por qué fuimos, prácticamente, los únicos de mi cuadra en ir más allá de la escuela primaria. Mi hermano mayor dejó la secundaria por una bicicleta; deseaba más que todo ese símbolo popular del progreso que ya tenían sus amigos aprendices. Como mis padres no podían pagarle ese objeto de su deseo y de su nueva identidad adolescente, vieron con pesar que mi hermano decidiera dejar la escuela “para trabajar”, y así tener un mínimo de dinero personal. Probablemente fue un error, porque era notablemente inteligente y tenía mucha facilidad para el estudio. Fue así que se fue a vivir a la casa de un panadero donde, según la tradición, aprendió el oficio y sólo lo veíamos de vez en cuando, estando yo extrañado de verlo tan fuerte y desarrollado muscularmente, ya que el oficio de panadero en esa época aún era totalmente manual.

Cuando le tocó estudiar a mi hermana, el determinismo social clásico del destino de las mujeres en esta época; la maternidad, la enseñanza o el servicio como trilogía valorizada, la mandó a la escuela de enfermeras adscrita al hospital local.

Yo, probablemente por mi lugar en la fratria, me construí como el niño malo; en fin, no tan malo, sino más bien como el que contestaba todo lo que le parecía órdenes. Desde chiquito aborrecí los símbolos del orden, me acuerdo que en el kínder ya pretendía obedecer sólo a mis decisiones y fantasías, lo que me valía discusiones homéricas con mi madre y la posterior acción punitiva de mi pobre padre, obligado por su papel social a ser el castigador, un papel que no le gustaba, pero que tenía que asumir ya que la regla general en esa época era “el que quiere mucho, castiga mucho”. Las amenazas más comunes eran mandarme a la escuela militar, donde se suponía me enseñarían la obediencia, pero por suerte la poca ad-

miración por la institución militar de mi padre me hizo escapar de ese negro destino. Quedaba la otra amenaza alternativa: “el internado”, y fue así como pasé tres años en un internado lasallista, donde finalmente me encontré muy a gusto, encarcelado a lo mejor, pero libre en muchos otros sentidos.

Creo que, en lo que toca a la vida familiar, en la infancia puedo reconocer que en esas épocas muy difíciles de la posguerra tuve una infancia relativamente feliz, jamás nos faltó nada, probablemente porque no deseábamos nada que no fuera posible alcanzar. Mis padres parecían unidos y si tuvieron, como todas las parejas, algunos problemas, no lo mostraban o por lo menos no los vi, ni nos embarraron en ellos. Aunque fuese el niño más castigado “para mi bien”, tengo el recuerdo de padres amorosos, muy trabajadores. Mi padre tuvo por largo tiempo un doble trabajo y jamás vi a mi madre no hacer nada, no conocía la palabra descanso, siempre activa, cocinando, cosiendo, tejiendo, limpiando sin quejarse jamás, su solo descanso consistía en el cambio de actividad y, aunque era poco entonada, cantaba siempre alegremente.²

La casa donde se comía mejor en el barrio, es cierto, era la nuestra, y los días jueves, que eran sin escuela, un gran número de niños se hacían invitar a la merienda o llegaban sin invitación, ya que había siempre mucha comida, pan, mermeladas y pasteles hechos por mi madre. No es que fuésemos ricos, al contrario, entraba probablemente menos dinero en mi casa que en la de algunos vecinos obreros profesionales muy bien pagados en esa época, pero el salario de mi padre no se dedicaba, principalmente, a la compra de alimentos, en la cual tradicionalmente los franceses urbanos dedicaban gran parte de sus ingresos. Nosotros producíamos mucho de lo que consumíamos.

Después del fin de la guerra, desmovilizado, mi padre tuvo mucha dificultad para encontrar trabajo, y fueron, probablemente para la pareja, momentos angustiantes, pero al rato consiguió y la situación

² Su vida estaba tan ligada a sus múltiples trabajos y ocupaciones que su gran lema era que “nadie se había muerto por trabajar”.

mejoró drásticamente.³ Mi madre, con cuatro hijos, no podía pensar en buscar trabajo, lo que fue una sabia decisión, porque finalmente los salarios de las mujeres sin calificación eran bastante míseros y sus capacidades personales de producir el alimento en el huerto y de hacer conservas para días invernales, finalmente, eran una aportación económica muy superior a la que hubiera podido ganar fuera.

Fue así como durante esos famosos 30 Gloriosos, sin compartir del todo el auge económico industrial y comercial, pero paralelamente a él, nosotros pudimos aparecer como favorecidos por aquel gran crecimiento. Gran parte de la alimentación estaba producida en el jardín de la casa y en un huerto de 3 000 metros cuadrados que mis padres rentaban fuera de la ciudad.⁴ Teníamos todo tipo de frutas y verduras frescas casi todo el año, a mi padre le gustaba mucho injertar frutales, lo que permitía obtener mucha variedad de cada tipo de fruta.⁵ En el invierno, las conservas de frutas y verduras y las papas provenientes de la hortaliza, conservadas en el pequeño sótano, *la cave*, compartían espacio con la reserva de carbón y un espacio donde crecían las endivias; contábamos así con ensaladas frescas y alimentos sanos durante los difíciles meses de invierno. Para la carne también tuvimos conejos, gallinas, pollos y a veces patos, hasta los diminutos cuyos, sin olvidar los múltiples productos provenientes de la matanza y transformación de un puerco que mis padres compraban cada año a un campesino vecino, proveyéndonos de jamones serranos, tocinos, moronga, salchichón, salchichas secas,

³ En ciertos momentos de invierno, recuerdo que algunas veces la cosa se puso algo tensa; es así que conocí la harina de maíz que nos mandaba el abuelo campesino. Teníamos la materia, pero no teníamos el modo de emplearla y recuerdo algunos platos de harina de maíz hervido difíciles de tragar, pero esto no duró, por suerte.

⁴ Tres mil metros cuadrados eran la superficie del terreno ideal para la alimentación de una unidad familiar, por lo menos es lo que pretendía mi padre. Es evidente que ahí se desplegaron magistralmente las enseñanzas tradicionales de la doble cultura campesina complementaria de mis padres; mi madre proveniente de la tradicional policultura del suroeste, y la hortícola y arborícola del sur de Francia, de mi padre.

⁵ Uno de sus orgullos personales era el hecho de que “jamás había fallado” ninguno de sus injertos.

patés, maciza en conserva y derivados, sin olvidar el *foie gras* de pato o de ganso, que aparecía como una de las entradas en las cenas de fiesta y que ponía en conserva previamente, en la estación, mi madre.

De esa cultura campesina trasladada al suburbio, recuerdo también la costura y fabricación de nuestros vestidos. Los suéteres que no podíamos ponernos por nuestro crecimiento eran rápidamente desechos, la lana lavada, puesta en madejas y de nuevo tejida; los vestidos de unos, recortados para nuevos usos de otros. Hasta recuerdo ver a mi padre poniendo suelas de madera a nuestros zapatos de invierno, suelas llenas de clavos de hierro para que no se desgastasen, pero que nos permitían deslizarnos en las partes de cemento bien pulido de la escuela, cosa doblemente prohibida: por los maestros, por rayar el piso, y por los padres, ya que desgataban demasiado pronto las dichas “galoches”.

Hasta los colchones se fabricaban en casa, comprábamos la lana a un hermano campesino de mi mamá que tenía borregos. Primero se quitaban las espinitas y hojas a mano, participábamos todos, sentados alrededor de la mesa; después se lavaba en la máquina de ropa por pequeñas porciones para quitarles la grasa y el olor de borrego, se secaba y se regresaba a la mesa para que todo mundo la cardara. Vuelta voluminosa y ligera, se ponía en grandes costales hasta tener suficiente para formar el nuevo colchón. Un día aparecía una señora con un bastidor y grandes agujas curvas de acero para montar y coser con mi madre el dichoso colchón y por eso estábamos convencidos, y era bien real, que teníamos las camas más confortables del barrio.

Un 68 mítico. Política, cultura e identidad

Para los “antiguos combatientes” del 68, los eventos del Mayo francés son la gran epopeya que marcó su juventud, aunque duró poco. El efecto de ruptura imprimió definitivamente sus vidas. De manera vivencial, para quienes lo experimentaron, evidentemente, hubo un antes y un después del 68, y es un hecho que salimos todos de ese mayo transformados,

una parte de nosotros convencidos de que esos escasos días habían sido sólo el anuncio de que una vida otra, diferente, más rica y más llena, era posible.

Creo que la esencia principal del 68 fue esa toma de conciencia de que nuestra vida cotidiana era un lugar de embates políticos. También, y sobre todo, esto se expresó a través de una gigantesca “toma de palabra”, una fantástica orgía discursiva, nos emborrachamos en escuchar o discutir durante horas y horas sobre las posibilidades de un nuevo mundo. Se reabrieron para nosotros todos los caminos de la utopía, todo era de nuevo posible, de nuevo pensable, no había tabúes, queríamos “todo”.

Hasta estos días efervescentes yo —como probablemente muchos otros estudiantes— no sabía realmente, frente a tantos cambios repentinos, qué iba a ser nuestro futuro. Pero sí teníamos un conocimiento, aunque algo confuso, de lo que no queríamos: aborrecíamos la perspectiva de esa pequeña “vida tranquila” sin sobresalto, con la misma pareja, en la misma casa pagada a crédito durante 40 años, el mismo trabajo que nos llevaría, sin sobresaltos, 50 años después, hacia una jubilación tranquila y la muerte. De hecho, sin darnos cuenta, expresábamos un rechazo de todo por lo cual nuestros padres habían luchado y acababan apenas de obtener.

El Estado era benefactor, es cierto, nos había cobijado y seguía omnipresente, pero mucha de su solicitud ahora nos parecía ahogadora. Todo parecía ya tan claramente definido, ordenado, que pareciera que alguien había pensado y dibujado para nosotros nuestras propias vidas. Ni el tamaño de nuestros cabellos podía ser diferente al que la “higiene” supuestamente decidía; teníamos que tenerlo muy corto, como militares, estar bien rasurados y barbas y bigotes estaban más bien prohibidos, hasta el punto que “los polis” periódicamente se adjudicaban el derecho de cortar el pelo a los que caían en sus redadas antijóvenes.

Pero con los años el movimiento de utopía colectiva de 68, que nos llevaba hacia el otro, a conocer a los demás, se fue desdibujando, las comunas desertadas y el repliegue sobre las pequeñas ventajas

adquiridas fue general. Y el recuerdo de lo que por un momento pareció ser “la gloriosa revolución de mayo”, desapareció. Menos en el corazón de algunos irreductibles que no quisieron abdicar en su búsqueda de utópicas alternativas. Por suerte, las luchas animadas por las nuevas tendencias ecológicas recuperaron mucho de este entusiasmo libertario y permitieron la sobrevivencia de una cierta esperanza.⁶

Pero ¿qué fue el 68 más allá de esa gran catarsis colectiva?

Un libro interesante, reciente, busca pensar ese famoso mes más allá de sus aspectos festivos y catárticos, sus autores intentan colocarlo en una cadena de transformaciones generales que afectaban a la sociedad francesa en su conjunto desde hacía varios años.⁷

El texto empieza por recordar los juicios contrastados que autores de diversos horizontes políticos y sociales han emitido en los últimos años sobre el efecto “Mayo del 68”. Para la derecha, como lo expresó en su tiempo el presidente Sarkozy, “68” representa “el triunfo de la anarquía, el rechazo del orden y del trabajo, así como de cualquier responsabilidad social”. El espíritu de mayo fue, según él y los suyos, responsable de la pérdida de los “valores fundamentales” de una necesaria e indispensable “disciplina social”. Otros, proviniendo generalmente de las izquierdas desencantadas, achacaron a los utopistas hedonistas sesentaiocheros, nosotros, una inocencia culpable, ya que fuimos responsables, por nuestra ligereza e inconsciencia, del “fracaso revolucionario” y de la aparición y fortalecimiento del liberalismo económico y financiero responsable de todos los destrozos que conocemos en la actualidad.

Así, según estos últimos, nosotros, que gritábamos con todas nuestras fuerzas nuestro “odio al capitalismo” en las manifestaciones que recorrían el

espacio parisino, fuimos abusados por ese mismo capitalismo. Éste nos hubiera utilizado con el fin de debilitar los cuadros de la defensa colectiva nacional tradicional para invadir e implantarse de manera duradera en nuevos espacios. Y así ese gran movimiento que nos llevaba hacia el otro, rompiendo las barreras sociales y culturales, hubiera sido sólo una treta para instaurar una sociedad más individualista y más competitiva. Hubiéramos sido sólo los agentes inconscientes, ingenuos y gratuitos, de un capitalismo en vías de redefinición.

Pero el proyecto de los autores del libro que acabamos de referir es diferente; no se proponen emitir ni glorificación ni condena, pero sí están convencidos de que para entender el 68 hay que reintegrarlo en el movimiento de larga duración de la historia francesa. Este objetivo los obligó a reexaminar, a través del conjunto de las prácticas sociales, cómo ese movimiento de liberalización había ya empezado a desarrollarse desde la mitad de los años sesenta. Así se entienden también mejor cómo muchas de nuestras demandas eran parte de algo ya en gestación en el país o que ya existía en otros países, como el derecho a la contraccepción y al aborto, por mencionar algunos.

Francia, al empezar el 68, está innegablemente atrasada en cuanto a estas prácticas sociales que tocaban al nuevo estatuto social de la juventud y que ya existían en la Europa del Norte. La generalización de esa información por los medios masivos de comunicación no hacía más que aumentar nuestra impaciencia como generación.

Los autores se propusieron reestudiar las relaciones que entretuvieron las políticas públicas, económicas y financieras con la liberalización económica y, particularmente, sus efectos sobre la liberalización cultural y las libertades individuales. Y esto les parece indispensable para pensar lo que ocurría, paralelamente a lo que se desarrolló en Francia, en un país comunista como Checoslovaquia, donde fue desde la cúpula burocrática que se buscó pensar un “socialismo con cara humana”. En ese país se intentó promover la liberalización económica, política y cultural desde los propios órganos dirigentes comunistas; in-

⁶ Aunque la desbandada no fue general y resistió ese impulso en el sur de Francia o en el Lorzac, donde se dieron duras batallas contra el ejército que pretendía anexionar una enorme región para sus maniobras militares.

⁷ M. Margairaz y D. Tartakovsky (dir.) (2010), *1968 entre libération y libéralisation. La grande bifurcación*, Rennes, PUR.

tento ahogado, como se sabe, por la irrupción de los tanques del Pacto de Varsovia.

Así, negando autoridad a los estudiosos pro o contra 68, los autores de *1968 entre libération y libéralisation...* proponen ver los “serios desfases de cronología que existían en la evolución de los diferentes sectores sociales” en Francia, sin poner en ningún momento al evento 68 en el centro de los análisis. Además, investigan cómo estas discontinuidades pudieron llegar a crear un “algo continuo y coherente” que pudiera ayudar a pensar el 68, su naturaleza y sus efectos. Y dar a entender cómo pudo un movimiento de reivindicación universitario desbordar tan rápidamente de ese ámbito de clase y llegar a desencadenar la más larga huelga general que haya conocido el país. Un movimiento finalmente extraño ya que, por su amplitud nacional, a pesar de los momentos muy violentos de algunas noches de enfrentamiento con los granaderos en el Barrio Latino, conservó un carácter festivo, con un saldo de escasos muertos, más bien accidentales.

De este modo nos presentan una Francia donde desde hace varios años se están ejerciendo varias fuerzas que intentan, cada una por su cuenta, cambiar las cosas. El compromiso jacobino, centralista y nacionalista, sellado al fin de la guerra por las fuerzas conjuntas de los comunistas y los gaullistas, que ya hemos señalado, empieza en muchos ámbitos a ser resentido más bien como freno a toda evolución social y económica necesaria frente a los cambios que ocurrían fuera de las fronteras nacionales.

Desde 1965, el movimiento de reformas internas necesarias para adecuar Francia a la liberación programada de las fronteras comerciales —indispensable para la realización del Mercado Común Europeo— debía ser concretado en 1968, y estos intentos, como siempre, se enfrentan a la resistencia de ciertos grupos o corporaciones y a la naturaleza dirigista y autoritaria de ciertas estructuras económicas o administrativas existentes, particularmente en las regiones tocadas por una necesaria readaptación económica, ya que sus industrias tradicionales como la siderurgia o la hilatura, están en quiebra.

Por lo tanto, las élites locales piden nuevos medios de acción y aspiran a una cierta autonomía, fenómeno nuevo. Las élites de la parte sur de Francia, subindustrializada, piden más medios para fijar una población que migra a otras regiones por falta de alternativas de vida. Por otra parte, el impulso general del crecimiento económico parece agotarse, y en 1967 Francia ya cuenta con 440 000 desocupados. También el sistema financiero internacional se está tambaleando, los acuerdos de Bretton Woods, que lo habían regido desde 1945, serán abandonados en 1971.

Pero es desde el punto de vista societal que las reformas son resentidas como urgentes, el aumento de la duración de la escolaridad obligatoria ha llevado a la creación de un nuevo grupo social autónomo, con una cultura propia y símbolos de una identidad fuerte, el de los jóvenes, pero que no tienen un estatuto legal muy definido, ya que la responsabilidad penal sigue siendo hasta los 21 años.

El efecto del crecimiento económico lleva a la educación familiar a buscar nuevos derroteros, ya que no se puede excusar el autoritarismo detrás de la “necesidad” de un orden social en la escuela, como en la fábrica casi militar, que sería necesario en una sociedad amenazada por un enemigo exterior. El acercamiento con Alemania, el entibiamiento de la Guerra fría, las esperanzas de una “sociedad del ocio”, el aumento en el consumo de los habitantes, parecen abrir una nueva era y los padres, quienes fueron criados en esa pedagogía familiar estricta y de la escasez, empiezan a dudar y se vuelven más permisivos, por lo menos así fueron los míos.

Con la universidad, es más bien su éxito lo que acarrea problemas: las nuevas generaciones que se inscriben multiplican de manera exponencial los efectivos universitarios y se empieza a tener conciencia de una cierta inadaptación pedagógica y de la falta de medios. Éramos a veces varias centenas de estudiantes escuchando la misma clase en anfiteatros enormes. El sindicato estudiantil, la UNEF y algunos sindicatos de maestros piden con urgencia más medios y una reforma de la universidad.

El propio ministerio de la Educación estaba elaborando medidas de reforma cuando ocurre la primavera del 68. Incluso el reglamento de las residencias universitarias donde residen niñas está en revisión, en el sentido de una mayor libertad de acceso. Pero todo se gestiona lentamente y es entonces, en los meses precedentes al mayo, con ese problema del acceso a la residencia de jovencitas, que surgen en Nanterre los primeros hechos violentos que van a aglutinar a la primera etapa de la contestación estudiantil.

No es aquí el lugar para recordar toda la cronología de un movimiento, existen muchas cronologías sobre el tema, pero creo que 68 se estructura y crece en gran parte por los errores de la represión, ya que la mentalidad autoritaria sigue dominante en casi todos los ámbitos oficiales, tanto en los aparatos políticos gubernamentales como en los de la oposición. El Partido Comunista, por ejemplo —la principal fuente de autoridad política de la izquierda—, a pesar de todo, mantuvo la ambigüedad en muchas de sus posiciones sobre la represión en Europa del Este o la guerra de Argelia, y estuvo inmediatamente en contra del movimiento estudiantil desde sus inicios y acepta los hechos sólo cuando la clase obrera, casi en su conjunto, se une a la contestación universitaria y lanza un gran movimiento de huelga con ocupación de los lugares de trabajo a pesar de sus consignas.

Aunque pueda parecer enorme, creo que Francia hubiera podido ahorrarse ese 68, pero también es probable que se hubiera manifestado de otra forma la creciente inconformidad social que estaba latente. De hecho, si el desarrollo factual del 68 es una creación del autoritarismo dominante de la época: hasta el 2 de mayo todo está reducido a un movimiento propio a la Universidad de Nanterre, la futura París X, y a pequeños grupos minoritarios, aunque goza del sostén simpático de muchos sectores estudiantiles. Por la novedad de sus acciones de provocación, es probable que en las esferas del poder no se entienda lo que está en juego y que siguiera dominando la idea de que estos “contestatarios” eran sólo jóvenes demasiado mimados y fácilmente manipulables que sólo necesitaban de una buena corrección.

La ocasión de esa demostración de “firmeza”, el gobierno cree encontrarla el día en que un grupo de activistas, los “rabiosos” de Nanterre, deciden “explicar” en La Sorbonne su acción pidiendo un apoyo político. Como están muy lejos de sus bases, y que están ahí los principales responsables, se decide la captura. Yo, como Cándido, muy contento, decido quedarme en La Sorbonne, donde acompañé a mi mujer, para oír por fin con sus propias voces, y no por la televisión, lo que pretenden estos jóvenes revoltosos que nos parecen bastante simpáticos. Empiezan el *meeting* pero pronto...

Centenas de granaderos y policías sitian de repente el simbólico edificio que es un gran cuadrado en medio del barrio latino; la operación pareció fácil y sin dificultades mayores. Sólo era necesario cerrar dos o tres calles e introducir una larga fila de julias para llevarse a “los activistas”. Pero el operativo tarda bastante en organizarse, los granaderos penetran en La Sorbonne y nos arrinconan sin más. No hay violencia, pero el efecto psicológico es brutal, no tanto porque vemos las macanas, cascos, y escudos muy de cerca, sino porque el acto nos parece un sacrilegio, habían osado desafiar varios siglos de privilegio universitario. La opinión general en Francia había admitido como consenso, casi como ley, que las fuerzas de policías no irrumpieran jamás en un recinto universitario con uniforme y de esa manera.

Estábamos todos extrañamente en calma, obedeciendo las consignas dadas por los organizadores, haciendo cola para ser llevados por las julias. Pero los presentes eran muchísimos, probablemente varias centenas, ya que todos los anfiteatros se habían vaciado y la policía no dejaba salir a nadie. ¿Dónde están ahora los activistas? Había, por lo tanto, que llevarse al montón. Esto toma horas y horas. Pero en todo el barrio Latino corre ahora la voz del escándalo de “los granaderos en La Sorbonne”. De todas las escuelas y universidades vecinas corren los estudiantes y muy rápidamente fueron las fuerzas policiacas las que quedaron a su vez cercadas y fue para escaparse de ese cerco imprevisto que éstas empiezan las agresiones.

Pero nosotros, yo y mi mujer, ya estábamos en los sótanos de una comisaría de Saint Sulpice. Éramos varias centenas encerrados y recibí ahí la más grande lección política de mi joven existencia. Estaban encerrados también representantes de prácticamente todas las tendencias políticas del medio estudiantil, y por lo tanto se discutió acaloradamente toda la noche. En la madrugada, cuando decidieron liberarnos, dejaron salir a las mujeres primero, mi mujer rechazó salir y me quiso esperar. El policía bonachón nos dice: “Jajá ¿hacen esto en familia ustedes?” Pero él no sabía, probablemente del todo, y nosotros menos, lo que ocurrió en las calles vecinas. Íbamos caminando hacia Luxemburgo, y quedamos estupefactos al encontrarnos de repente con árboles caídos, algunos coches volteados y rejas urbanas arrancadas. Y es sólo llegando a la residencia universitaria de Antony, donde vivíamos, a diez kilómetros de La Sorbonne (viaje que hicimos a pie ya que no había ni metro ni bus), que nos informaron de lo que había ocurrido: no lo teníamos aún muy claro, pero sí, el Mayo francés había comenzado.

Bien, evidentemente esta primera redada, aunque fue para nosotros finalmente simpático (a los últimos arrestados parece que les fue más duro), en lugar de “calmarnos” más bien multiplicó el número de los simpatizantes de “los rabiosos”, y como pronto se interrumpieron los cursos, estuvimos decenas de miles con todo el tiempo del mundo para desfilar en cortejos ruidosos por todo París. Los primeros recorridos fueron llevados a cabo en nuestro feudo tradicional del barrio latino, pero pronto se expandió a toda la ciudad. Caminar con tantos jóvenes entusiastas y gritones era para nosotros una gran novedad y, recién llegados a París, descubrimos así muchos barrios de la Ciudad Luz. Para mí, alejado de toda mística revolucionaria, debo confesar que muchos días fueron antes que todo un gran festejo. Incluso recuerdo que en estas manifestaciones huíamos de los grupos de estudiantes militantes organizados que desfilaban en formación casi castrense y buscábamos otros sectores más festivos, como ciertos grupos anarcos, gay o feministas. Con la multiplicación de

las manifestaciones también nos hicimos de muchos amigos, ya que nos encontrábamos muchas veces las mismas personas. Como no pertenecíamos a ninguna organización estructurada, no participamos en ninguno de los grandes enfrentamientos violentos con la policía, en estas duras noches insurreccionales del barrio Latino. Jamás había sido violento, ni desarrollé especial gusto por la violencia. Tenía yo 25 años, estaba ya “viejo”, y además era casado y padre de familia, y me sentía a veces muy desfasado con las masas mayoritarias de estudiantes más jóvenes.

Mi participación, realmente sin mayor importancia que la de un manifestante más en estas grandes marchas ruidosas, hubiera podido ser sólo un incidente menor en mi vida; pero después de recuperar la calma política y social, con los estudiantes de vacaciones y la burguesía triunfante de nuevo en el Parlamento, las instituciones estatales quisieron tomar revancha y se empezó a buscar a los “jefes”, a los organizadores de la revuelta. Estaba yo también de vacaciones después de algunas semanas suplementarias de discusiones en el Instituto Francés de Prensa, en un intento de adecuar plan de estudio y relaciones con los profesores, cuando de repente me señaló el dedo de la represión y me tocó aparecer como uno de “los responsables” del desorden. Me catalogaron así, aunque realmente no tenían nada muy serio contra mí. Pero yo, como Cándido, estaba siempre como curioso en los lugares donde ocurrían cosas. Esto era evidentemente muy sospechoso para el espíritu inquisidor y más cuando buscaron estructuras clandestinas. En Nanterre estaba yo inscrito en el doctorado de Sociolingüística de Jean Dubois, uno de los grandes lexicólogos de la casa Larousse, inscrito con una tesis que intentaba revisar el tratamiento lexical en la prensa de todo lo que tocaba a la revolución cultural china. Evidentemente, el día que me “arrestaron” en La Sorbonne no manifesté esta pertenencia, ni me identifiqué para nada con Nanterre, sólo conté que estaba estudiando (lo que era cierto) en el Instituto Francés de Prensa, dependiente de Ciencias Políticas, una institución muy decente. Pero esa

pequeña mentira por omisión y mi vida social como profesor-consejero en una residencia universitaria considerada como la más roja, Antony, no me ayudaron mucho... y el resultado fue que recibí del ejército la orden de internarme con urgencia en un lejano cuartel de los Alpes.

Pero olvidemos la historia de mi Mayo particular y regresemos a la nueva generación del 68, que ya no es como la generación anterior, mirando solo hacia dentro de las fronteras nacionales los logros alcanzados. Aquella otra ya empezaba a viajar y su mirada está más bien fija sobre Ámsterdam, Londres o Estados Unidos de América. El problema de las relaciones sexuales premaritales se había vuelto el foco de atención principal, lo que es bastante normal a esa edad. En Francia parecía inmutable la política natalista inaugurada por el gobierno de Vichy, para resumir, tipo Provida: estaba prohibida toda publicidad contraceptiva y el aborto por médicos y enfermeras era duramente castigado.

Pero en ciertos medios había intentos de hacer mover las cosas contra esa Francia arcaica, por ejemplo, la ley Neuwirth en 1967,⁸ ya había intentado meter a Francia en sintonía con las políticas de natalidad de la Europa del Norte. En Inglaterra Harold Wilson, primer ministro laborista, había inaugurado un cambio importante con varias leyes que iban en dirección de una clara liberalización de las costumbres: ley sobre el divorcio por acuerdo mutuo, supresión de la pena de muerte y, sobre todo, el aborto se volvió posible para todas las mujeres que lo deseaban. Es lo que explicaba los trenes llenos de mujeres jóvenes y menos jóvenes, que salían

⁸ La ley Neuwirth, votada en 1967, sería efectiva sólo en 1972 por la oposición de las organizaciones corporativista de médicos y grupos clericales. Esa ley volvía caduca la anterior ley, del 31 de julio de 1920, que prohibía cualquier método anticonceptivo en Francia; esa última ley fue votada después de la Primera Guerra Mundial, pues cuando comenzó tal guerra la población francesa ya había empezado a regular sus nacimientos desde varias generaciones, y por lo tanto el ejército francés podía alinear, en 1914, un millón de soldados menos que Alemania. Hubo que esperar hasta 1974 para que la píldora anti-conceptiva fuera reconocida y subvencionada. Siguió totalmente prohibida y penalizada la práctica del aborto inducido hasta la promulgación de la Ley Veil, del 17 de enero de 1975.

de París en víspera de los fines de semana para internarse en las clínicas londinenses. Otras preferían Ámsterdam, donde podían abortar sin muchos problemas en clínicas especializadas y sus acompañantes calmar sus angustias al conocer los misterios de los *coffee shop*⁹.

Todos sabíamos que desde 1960 la píldora contraceptiva del Dr. Pinkus estaba de venta libre en Estados Unidos, pero no se conseguía en Francia. Todas estas noticias, susceptibles de cambiar nuestras vidas, particularmente en lo que toca a lo sexual y las prácticas de género, hacen crecer una cierta impaciencia en las nuevas generaciones y también en muchos de sus padres, ya que ellos también tuvieron que luchar contra embarazos no deseados o, sencillamente, para limitar su familia (a veces, sin realmente lograrlo del todo).

En resumen, se puede considerar que las medidas de liberalización económica y financiera en curso tienen poco que ver con el liberalismo y la apología de la economía de mercado actual. Al contrario, en los años setenta la cultura de regulación resiste, apoyada tanto por la izquierda como por parte de la derecha. En toda Europa se nota una voluntad política de no dejar demasiado espacio a las fuerzas naturales expansivas del mercado. Ciertos sectores del Estado son conscientes de que hay que abrir espacios necesarios de libertad para el movimiento económico, pero quieren conservar su papel tradicional de impulsor y de control. Incluso, afirman los autores del libro que citamos, el efecto del 68 fue más bien el de perturbar esta evolución controlada que estaba en curso.

El efecto 68 y sus límites

La crisis de mayo-junio, que algunos quisieron ver como una revolución, no produjo realmente grandes efectos en ningún espacio de la producción nacional. Tanto más que en las elecciones que siguieron

⁹ Lugares públicos muy frecuentados por el turismo hippie de Ámsterdam, donde se podía comprar y fumar todo tipo de marihuana y hachís.

vencieron los sectores conservadores; el 23 de junio de 1968 la mayoría gaullista salió aun fortalecida, cuando durante las semanas precedentes se había gritoneado en las calles contra ese mismo régimen gaullista personalista. Poco antes, en medio del movimiento social, con la mayoría de las fábricas ocupadas, los sindicatos que habían perdido su poder de iniciativa y un gobierno tambaleante intentaron desactivar la potencia del movimiento y firmaron, el 26 de mayo, un acuerdo general que sería rechazado por los huelguistas.¹⁰

Algunos meses después, en noviembre de 1968, para prevenirse de nuevos brotes de inconformidad de los estudiantes, el gobierno proclama una nueva Ley de Orientación para la Enseñanza Superior, con la cual muchos de los simpatizantes del movimiento pudieron entrar como docentes en la Universidad. Yo no pude, estaba ya en mi cuartel haciendo, forzado, mi servicio militar, se me fue esa gran oportunidad, o más bien me dejó disponible para lanzarme a mi aventura mexicana, porque es muy probable que si hubiera entrado no hubiera conocido México, ya que mi vocación “americanista” nacerá durante mi estancia en el ejército y en los años siguientes.

Desde las instancias gubernamentales algunos políticos saben reconocer las necesidades de reformas, incluso el gobierno gaullista de Chaban-Delmas pretendió inaugurar, bajo su mandato, una “nueva sociedad”. Por fin aparecen los decretos de aplicación de la ley Neuwirth, que autorizan la contracepción y se empiezan a organizar las oficinas de planificación familiar.

¹⁰ Las negociaciones habían empezado el día 22 discretamente, pero el 25 de mayo oficialmente se reúnen los representantes del gobierno, de todos los sindicatos y las organizaciones patronales. Con la urgencia del caso se firman los Acuerdos de Grenelle el 27: aumento de 35% del salario mínimo, fijado a 600 francos por mes; aumento de todos los salarios de 7%; reducción del tiempo de trabajo, semana de 40 horas, etcétera. Los patrones dándose cuenta de la importancia del control de los sindicatos, reconocen el libre ejercicio del derecho sindical en las empresas... y diversas prestaciones sociales son reorganizadas. Pero los huelguistas rechazan los acuerdos. La maniobra de división del gobierno fracasó y la huelga continuó. Pero el día 30 el general De Gaulle disuelve la Asamblea Nacional. A las elecciones de diputados del 30 de junio, los gaullistas triunfan, tienen 293 diputados sobre 378.

Pero habría que esperar realmente el ocaso del poder gaullista para que los liberales, conducidos por el nuevo presidente Valéry Giscard d’Estaing, propulsaran en Francia una auténtica liberalización cultural. Se bajó la mayoría de edad a los 18 años y en enero de 1975 se inauguró la posibilidad de la interrupción voluntaria del embarazo para todas las mujeres. El presidente y su ministro, la prestigiosa Simone Veil, ponen todo su peso político y personal para lograr vencer las resistencias de los medios conservadores e imponer esa decisión. Estas medidas son popularmente bien recibidas y adoptadas con el apoyo de la izquierda, pero el conjunto de las derechas impone una gran resistencia a toda liberación que debe ser impuesta paso a paso, ya que éstas son vistas como una invitación a una subversión generalizada y a la disolución nacional de la cual los eventos del 68 parecían haber sido sólo las primicias.

En conclusión

Uno puede siempre preguntarse si su testimonio es válido. El 68 me agarró felizmente casado y con una hermosa niña de 2 años; no soy un político, en el sentido de que no pertenezco a ningún grupo constituido, soy más bien un joven ciudadano curioso, apasionado por todo lo que ocurre en el mundo, progresista, abierto y ayudando siempre al que pide ayuda; por eso tengo amigos trotskistas, otros maoístas, socialistas, algunas amigas comunistas; con todos participo cuando se trata de organizar algunas campañas o algún evento en nuestra residencia universitaria.

Este activismo social me valdrá, después del 2 de mayo, la sospecha de ser algún “submarino”, aunque la policía no logra ponerme etiqueta de moscovita, castrista, maoísta o anarquista. Yo era probablemente un marxista hedonista y libertario, sin complejo de clase pequeña burguesa.

Creo que los estudiantes antes del 68 estaban poco politizados; el sindicato de estudiantes, que tuvo un fuerte crecimiento por la guerra de Argelia y después la denuncia de la guerra de Vietnam, antes del mayo tenía en realidad pocos militantes y

para 1966 yo, como delegado, tengo en la Facultad de Letras de Poitiers pocas tareas realmente políticas.¹¹ Algunos son como yo, están allí más bien para ayudar a la comunidad, sin deseo de ruptura radical ni de hacer una futura carrera en un aparato burocrático. Es más bien Mayo del 68 el que será nuestro revelador político y nuestra iniciación a marcha forzada.

De esta manera, si el Mayo francés no aportó un cambio social drástico que pueda valerle el título de revolución con el cual lo adornan algunos autores, sí creo que provocó, en la cultura francesa en su conjunto, una conmoción que favoreció la adopción de un cambio en las reglas societales.

La toma de palabra general implicó, en los años posteriores, un reapoderamiento político general de todos los franceses a través de los múltiples roles por los cuales la vida cotidiana nos obligó a transitar. La autoridad de las instituciones que a nuestros padres parecía tan natural, se volvió sujeto de amplios debates.

La Justicia, la Escuela, el Estado, el Ejército, la Policía, la Familia perdieron sus mayúsculas y sentíamos que teníamos el derecho de examinar con lupa y repensar todas esas instituciones heredadas. Tal actitud crítica a veces se enfrentaba muy duramente en la vida cotidiana con las otras generaciones que habían sido formadas en una sociedad militarizada.

En esta medida podemos pensar que los tenores de la derecha francesa tienen, en parte, razón; el legado del 68 es haber permitido la emergencia de un nuevo tipo de ciudadano: consciente, crítico, abierto sobre el mundo y sus transformaciones. Es cierto que muchos regresaron al redil, pero de todas maneras éste hubiera sido su destino natural con o sin las esperanzas levantadas con el 68.

La Pitaya, 24 de febrero de 2016.

¹¹ Por ejemplo, mi gran logro como “delegado sindical” fue haber apoyado la creación de un equipo de rugby en la Facultad de Letras, pero estuve muy orgulloso de esta creación, ya que fuimos campeones de academia e invictos durante dos años.